

blamos, cuando le invité á que diéramos una vuelta, porque solo cinco horas teníamos disponibles.

Tomó á pechos el chico su mision, y echamos á andar.

A nuestro regreso al hotel, me ayudó á compaginar las siguientes apuntaciones.

Mobila está situado en la parte occidental del rio de su nombre, casi á la entrada de la bahía y á treinta millas del Golfo de México.

La ciudad está como guarecida entre frondosos árboles, como si temiera el arenal que la rodea, y la limitan colinas de poca elevacion.

Tiene grande regularidad la ciudad, por supuesto forjada con el molde americano; el piso es excelente y llaman sobre todo la atencion en el centro las sombrías arboledas y el profuso follaje de los robles, entre cuyas ramas medio aparecen, medio se ocultan los edificios, dando aspecto muy agradable al conjunto.

Dominan la reducida, pero risueña bahía, el fuerte Morgan, antiguamente Bowyer, Mobila, Point y el fuerte Gaine: en la extremidad de la isla del Delfin, descuella sobre todas esas eminencias un faro cuya linterna está elevada á cincuenta y cinco piés sobre el nivel del mar.

En la direccion de la bahía se distinguen restos de las baterías construidas durante la guerra, que destruyeron los vencedores.

Gran número de buques de vela navegan entre Mobila y Nueva-Orleans, y cruzan en el interior el Alabama, el Tombigbe y otros ríos, lo que da á la bahía y á las orillas de los ríos grande animacion.

Mobila fué el sitio original de la colonizacion francesa, y

los que conocen las costumbres de sus habitantes, hacen grandes elogios de su cultura, costumbres y maneras simpáticas con nuestra raza. La fundacion, en el comun sentir, se verificó en 1703.

En 1723, la residencia del gobierno colonial se trasportó á Nueva-Orleans. En 1763, Mobila, con toda la parte de la Luisiana, al Este del Mississippi y al Norte de Bayon, Iberville y los lagos Maurepas y Pontchartrain, pasaron á la posesion de la Gran Bretaña. En 1780, la Inglaterra devolvió á España este territorio, y aquel gobierno, en 1813, entregó la ciudad, que no contenia ni mil personas, á los Estados- Unidos, por el tratado de 1819.

Mobila en la última guerra, se hizo notable por su poderosa resistencia al Norte, tanto que no se rindió sino tres dias despues de la rendicion de Lee (12 de Abril de 1865).

Cuando en 1864, las tropas del general Farragust destruyeron los fuertes y cerraron el puerto, no lograron apoderarse de la ciudad.

Además del comercio del algodón, de cuya extension hemos dado idea, tiene importancia la manufactura de muebles, carruajes, papel, fundiciones, maquinaria, etc.

La calle del Gobierno es de las más hermosas, los jardines de las casas que se perciben bajo los robles pomposos que sombrean la calle, hacen hermosísima la vista.

*Bienville park*, entre las calles del Delfin y San Francisco, es tambien muy hermoso, y ya se notarán en los nombres las invasiones de la raza americana entre franceses y españoles, y ya se deja entender cuáles serán los matices que tal mezcla produzca en lo más íntimo de las costumbres.

La aduana, en que se encuentra la oficina de correos, es de los más hermosos edificios; está hecha toda de granito y tuvo de costo 250,000 pesos.

El Teatro y la Casa del Mercado, están en la Calle Real.

Dos edificios llamaron, en mi rápido tránsito por Mobila, singularmente mi atención: el edificio de las Compañías impares, *Old fellows Hall*, que está al frente de la aduana y es de fierro y ladrillo, y el Banco de Mobila, que tienen columnata y pórtico magníficos.

Las iglesias más notables son la Catedral de la Inmaculada Concepcion (católica romana); la Iglesia de Cristo y la Trinidad (episcopales).

Hay en Mobila suntuosos hospitales, cuatro asilos para huérfanos, un colegio de Medicina á que pertenecía mi simpático fronterizo, muy bien atendido, y multitud de escuelas y academias, entre ellas una escuela hebrea, de mucha fama.

*Spring Hill* es un agradable suburbio situado al Oeste de la ciudad, al cual se va por los wagones de la calle de San Francisco.

En la ciudad hay seis líneas de wagones.

En *Spring Hill* está situado el colegio de San José, institución jesuítica: fué fundada en 1832 por el obispo Portier, y tiene un hermoso edificio de 375 piés de largo, coronado por una torre desde la cual se disfrutan vistas deliciosas.

El colegio contiene una librería de 8,000 volúmenes, y una muy valiosa coleccion de aparatos científicos. En la espalda del edificio hay una magnífica estatua de la Virgen, llevada de Francia.

A lo largo de la bahía, en una extension de más de dos

leguas, se prolonga una magnífica calzada, que puede considerarse como el mejor paseo de la ciudad.

Acababa mis apuntaciones con mi jóven amigo el Sr. Zartuche, le abrazaba, me escribia en un papel algunas palabras afectuosas para su hermano Andrés, que reside en México, cuando tocó la puerta Francisco, que venia á decirme que iba á sonar la hora de partir.

Estábamos á 144 millas de Orleans, é íbamos á ver el Golfo de México, algo de México, por Dios, que yo estaba sudando *wiskey* hacia tres dias, y á recorrer el camino de fierro más sorprendente de los Estados- Unidos.

Como suena la palabra, es un camino construido sobre un pantano lleno de resumideros y hundiciones; vamos, era como un esfuerzo de patinar sobre una tortilla de huevos.

Lo diré francamente: yo no estoy organizado para ninguna clase de maromas; pero mucho ménos para estas; no las soporto, no hay una cosa que más me encocore, que esos fanfarrones del mar, que dicen que á ellos se les marean los dientes cuando se anuncia una tormenta, ó esos soldaditos de tres al cuarto que se jactan de dormir en el suelo y beberse una botella de aguarrás, porque son hombres.

El camino es un equilibrio perpétuo; se ven los delgados troncos de los pinos como balaustradas y crujías en que salta y se juega la luz, se extienden en soberbios cortinajes enredaderas que flotan rotas por los vientos; y por los claros de aquella crujía de los árboles tupidos, se ven casitas blancas, vegas risueñas en que juegan los niños, ó que atraviesan los carros tirados por caballos, y grupos de hombres blancos y negros, dedicados á unas mismas labores.

Hay en el trayecto muchas estaciones de nombres fran-

ceses: Rigollets, Cheft, Menteur, Michaud, Gentilly, y nombres indios como Pascagoula y Biloxi: esta última estación está habitada por gascones á quienes se conoce al vuelo.

Vayan vdes. á ver una puerilidad singular: aquel coqueteo de las selvas con el Golfo de México, visto por interrupciones como envuelto en un manto de púrpura y oro, me tenía realmente regocijado; pero con un verdadero fandango en las entrañas, me saludaban los árboles, me decían chicoleos las aves, me parecía que tenía el cielo sombrero ancho y que la estrella de la tarde se había terciado un rebobo para hacerme una muequilla, como cualquiera maldita de estas de los barrios de México.

La tarde caía como para restituirme á la realidad: la sombra descendía lentamente como un párpado que priva al ojo eternamente de la luz.

No cantaban las aves, el viento parece que llegaba fatigado y recogía sus alas sobre las ramas de los árboles.

Hondo silencio reinaba en el interior de nuestro coche; yo, en la plataforma, veía sin ver, me mantenía sin conciencia de la vida, en esa disposición del espíritu, entre el ensueño y el éxtasis: mi alma no estaba en mí, se paseaba libre en esos espacios que nos deja el olvido.

Repentinamente me pareció que atravesábamos por dentro un mar de llamas; era, en efecto, el resplandor vivísimo de un incendio reverberando en las aguas.

Incendiaban aquellos, como nuestros labradores, el pasto seco; pero la llama caprichosa, ya se recogía como encharcándose entre los árboles, ya se extendía en agitados lagos en los claros sin árboles, ya trepaba á lo más alto de una

colina, convirtiéndola en edificio maravilloso y fantástico, y ya, descendiendo en corrientes, perfilaba los bordes de las aguas y culebreaba en direcciones distintas.

Las aguas realzaban y embellecían el espectáculo, corriendo en el filo de las bases de la colina iluminadas por las llamas; presentaban como suspendidas en un éter de oro, colinas y arboledas, destacándose en las sombras, que eran ya espesas, pero que dejaban percibir las figuras monstruosas de las nieves: el espectáculo era al extremo fantástico.

De pronto, el tren se encarriló como entre dos cercas de madera; se escuchó un ruido extraño. . . . yo saqué espantado la cabeza, y ví como suspendido el inmenso tren sobre las olas hirvientes del Océano, pero á gran altura.

El cimbramiento era horrible, parece que el monstruo de fierro que nos conducía temblaba ante la empresa temeraria de atravesar el puente.

Lancaster, que en situaciones semejantes es impasible, estaba con su libro en la mano, titulado: *Los Estados-Unidos y el Canadá*, de Molinari: leía con una de las lamparillas del wagon (leyendo): "¿Cómo pasaremos?—En Europa este "sería gravísimo negocio. En América la cosa es muy sencilla: se han cortado de las cercanías los pinos más largos "y más gruesos, y de dos en dos se han metido y afirmado "en las aguas como pilares. En seguida se les ha asegurado "con trozos trasversales, sobre los que se han colocado los "rieles, y adelante! *¡go ahead!* Si uno de estos pilares sepultados sesenta ú ochenta piés de profundidad, cede al peso "del convoy, entónces, tomaremos algunos tragos de agua "salada."

Aunque tal es el texto de Molinari al hablar del paso en que nos hallábamos, confieso que no me hizo ninguna gracia la muy adecuada cita de mi querido Alfonso.

El tren se detuvo sobre aquel precipicio, y entónces más bien adivinamos que distinguimos el Golfo de México.

Sea por la disposición de mi alma, sea por lo inesperado de aquella especie de revelación, me impresionó profundamente.

Unas veces, como vulgarizándose mi espíritu, quería llamar á mi patria con los nombres de la hija, de la madre, de la querida; otras, no me la podía figurar sin personalidad, con sus ojos, con sus labios trémulos, con su seno palpitante y con su negra cabellera tendida sobre su espalda: era su aparición en mí, dentro de mi alma, rejuveneciéndola, iluminándola, empapándola en ternura infinita.

Ponia atento el oído, porque creía reconocer en los ecos de las olas, articulaciones de voces amigas.

A veces se me figuraba que de detrás de la curva de las olas, aparecían las cúpulas de las torres de nuestra Catedral, y los templos, las copas encanecidas de los ahuehetes de Chapultepec y estas serranías que viven, que sienten, que descienden en tropel á las llanuras, como moviéndose, que se aislan como pensativas.

A veces se me figuraba que se hundía el puente, que unos momentos nos envolvían las ondas rugientes, produciéndonos congojas mortales, y que seguía después el tren corriendo por el poético camino de Maltrata, con sus selvas gigantes, sus hondonadas risueñas, sus quiebras romancescas, bajo un cielo delicioso y envuelto en auras empapadas en aromas.

Después se desvanecía la ilusión, las olas sin fin del Océano corrían, empujadas por el viento, y venían á morir saltando bajo nuestros piés, donde temblaban melancólicas las luces de las linternas del tren y de los faroles del puente.

No me fué posible percibir el lago de Ponchartrain, porque ya era de noche.

Los aprestos de los viajeros, la llegada de los agentes de ómnibus y hoteles y la vista confusa de sembrados y chozas, nos advirtieron nuestra próxima llegada á Orleans.

En la extendida llanura se veían, ya distantes las luces de las cabañas de los labradores, ya más cercanos los claros de luz de llama de algunas casas, ya entre ramajes y cañas, picos de gas que reverberaban como luceros.

Los gritos de los sirvientes del ferrocarril comenzaron á escucharse, los alaridos de la locomotora fueron más repetidos, y la campana triunfal del tren, sonando á vuelo, anunció nuestra llegada á Orleans.

Antes de arribar á la estación, que es bien pobre y desmantelada, se había deliberado concienzudamente sobre dónde deberíamos parar, y nos habíamos fijado en el Hotel Metropolitano; pero no había allí cuartos y tuvimos que acomodarnos en el *City Hotel*, uno de los más americanos y favorecidos de la ciudad: *Corner Camp and Common Streets*.

En efecto, la afluencia de pasajeros es mucha, y el trágico insoportable.

Llovia á cántaros: llegamos sacudiéndonos y buscando en el primer piso en que está el despacho, el salón de recepción, y en el comedor algún refrigerio; allí amontonaban

unos desesperados dependientes baúles y almofrejes, con la tosquedad peculiar á los criados y carreteros.

Corrimos al despacho, donde nos tocó un servidor áspero como almohaza y con ménos palabras que un poste; nos arrojó á la cara nuestras llaves y subimos escaleras que fué un contento.

Estas escaleras eran muchas; por todas partes conducian á callejones, vericuetos, pasillos y escondrijos.

Solíamos topar á nuestro paso negros desastrados y verdaderas arpías de peineta, delantal, brazos apergaminados y amarillos, y unos zapatazos capaces de contener á Vicente Manero, cómodamente sentado dentro de uno de ellos, y es de advertir que Manero es el hombre más gordo de México.

A mis compañeros les dieron habitaciones más ó ménos cómodas. Yo salí de inclinacion á una irlandesa, con más años que el andar en dos piés los llamados racionales, y un malditísimo génio que parecía educada por portero de ministerio ó por guerrillero hecho general; esta animala quiso encaramarme á un último piso, en que materialmente escuchaba los estornudos de los habitantes de la luna.

Como quien quiere y no quiere la cosa, me informé acerca del importante ramo de comidas, y supe, con amargo desconsuelo, que se observaba el *plan americano* con inquebrantable rigidez.

Tal anuncio me hizo volver á mi undécimo cielo, turbado y descolorido.

Había lugar en mi cuarto para todo, absolutamente para todo, ménos para el huésped; ese quedaba suprimido ó se suponía de enrollar para meterlo en el ropero ó dejarlo en

el barrote de una puerta, ó declararlo en cama luego que entrase.

Alcalde, que llegó dias despues á mi vecindad, tenia que escalar su baúl para llegar á su lecho.

Tendido en un colchon que tenia perfecta semejanza con un globo al desinflarse, me quedé dormido.

FIN DEL TOMO PRIMERO

